

Reproducido en www.relats.dos

DOS ANALISIS SOBRE EL PERIODO POST MERKEL Y POST TRUMP

Buenaventura de Souza Santos

Publicado en ALAINET, enero 2021

I.EUROPA EN 2021

Portugal asume la presidencia de la Unión Europea (UE) en un momento de definiciones cruciales que afectan a las rutinas políticas y sociales de los llamados tiempos normales.

De la gestión de la vacunación contra la Covid-19 y del Brexit a la preparación de un mundo occidental postTrump y de una Europa posMerkel, los desafíos son enormes.

En lugar de distinguir, como en el uso convencional, entre problemas internos e internacionales, me refiero a las cuestiones estructurales que afectan tanto al interior como al exterior de la UE. Identifico los siguientes temas principales: desigualdad y cohesión; identidad histórica y reparaciones; derechos humanos y democracia; paz y guerra fría.

Desigualdad y cohesión. La UE sale de la crisis pandémica con una caída del PIB cercana al 9%. El riesgo de pobreza ha aumentado, pero es muy desigual entre los países de la Unión y apunta a una segmentación: entre el 25% y el 32% para un grupo de países y entre el 12% y el 17% para el otro grupo. El desempleo juvenil es del 17,3%, pero alcanza el 40% en España.

Teniendo en cuenta que la cuarta revolución industrial (inteligencia artificial) causará turbulencias adicionales en este ámbito, es urgente que la UE avance hacia una política de renta básica universal que complemente y no sustituya otras políticas sociales.

La legitimidad de esta medida —hoy objeto de una iniciativa ciudadana en la UE— quedó patente en las palabras de António Guterres en el discurso de apertura del 75º período de sesiones de la Asamblea General de la ONU en 2020: “la nueva generación de políticas de protección social (debe) incluir el seguro universal de salud y la posibilidad de una renta mínima universal”.

Ahora, sin el Reino Unido, tal vez haya espacio para profundizar las políticas europeas, pero un proyecto de este tipo solo puede tener éxito sobre la base de una mayor democracia interna en la UE y de la reducción de las asimetrías regionales.

La pandemia ha mostrado el fracaso del neoliberalismo y de la prioridad dada a la mercantilización de la vida social.

El Estado democrático social es, por ahora, la única alternativa a la barbarie de la economía de muerte que pretende transformar la letalidad de la pandemia en una

forma de darwinismo social que resuelva los problemas de la seguridad social.

La salud es un bien público, no un negocio. Los servicios nacionales de salud necesitan recuperar su centralidad, que no se logra con el mero refuerzo de emergencia.

A pesar de haber financiado la investigación para la producción de vacunas en casi mil millones de euros, la UE las está comprando a un precio elevado, quizá el negocio del siglo para las empresas privadas que las producen. Los detalles de los contratos no se conocen, sobre todo en lo que respecta a la responsabilidad por eventuales efectos secundarios. Y no debemos olvidar que entre los diez países con más millonarios tres forman parte de la UE (Alemania, Francia, Italia), y que en Alemania el 12% del aumento de la riqueza de los superricos se produjo en el área de la salud.

Identidad histórica y reparaciones. Europa sigue teniendo dificultades para saldar cuentas con el pasado, no solo con el pasado más remoto, sino también con el más reciente. El colonialismo no fue un progreso civilizatorio, sino más bien un instrumento violento para saquear las riquezas de gran parte del mundo extraeuropeo. Obviamente, un proceso histórico tan largo implicó muchas otras relaciones, pero la principal fue el saqueo, un saqueo que continúa en la actualidad.

El bienestar relativo de los europeos no es concebible sin este saqueo. Las transferencias de recursos del Sur global al Norte global continúan siendo muchas veces mayores que las que se dan en sentido contrario. La negativa a descolonizar la historia de Europa está en la raíz del racismo, que sigue empañando las relaciones entre los ciudadanos europeos, de

la política equivocada de inmigración, de la transformación del Mediterráneo en un cruel cementerio líquido. Es también la negativa a descolonizar la historia lo que abre las puertas al crecimiento de la xenofobia, la islamofobia, el antisemitismo y, en general, al ascenso de la extrema derecha. En tiempos de pandemia, la mejor manera de que Europa se reconcilie con el mundo sería contribuir activamente a que el mundo menos desarrollado, gran parte del cual alguna vez fue colonia europea, tuviese acceso rápido y gratuito a la vacunación contra el coronavirus.

La identidad histórica también debería estar presente en las relaciones con los países cuya pertenencia a Europa se transformó en una disputa política, sobre todo en los casos de Rusia y Turquía. Con 27 millones de muertos en la Segunda Guerra Mundial, fueron los rusos los que más contribuyeron a la liberación del yugo nazi.

Derechos humanos y democracia. Europa se enorgullece de ser hoy el continente que más consistentemente respeta la democracia y los derechos humanos. Sin entrar en el mérito de esta afirmación, me importa sobre todo señalar lo que implica tomar estos valores en serio. En primer lugar, implica reconocer que se han producido graves retrocesos en este ámbito en los últimos treinta años. La pandemia ha demostrado que la degradación de las políticas sociales llevadas a cabo por imposición de las recetas neoliberales, de las que la Comisión Europea ha sido la gran impulsora, hizo más difícil la defensa de la vida. Por un lado, el agravamiento de las desigualdades sociales, la erosión de los derechos laborales y la consecuente precarización de los modos de vida constituyen una de las variables más directamente

relacionadas con la tasa de mortalidad de la infección. Por otro lado, la degradación de los servicios públicos incapacitó a los Estados para brindar la mejor respuesta a la emergencia sanitaria. Como vamos a entrar en un período de pandemia intermitente, tomar en serio los derechos humanos significa invertir de inmediato las lógicas de la inversión pública. Una política sólida de promoción de los derechos humanos y la democracia nos obliga a afrontar sin cálculo la degradación de estos valores en Hungría y Polonia llevada a cabo en nombre de una llamada “democracia antiliberal”, una contradicción de términos. La democracia liberal puede y debe ser criticada por ser poca, no por ser mucha.

Paz y guerra fría. Tomar en serio los derechos humanos y la democracia significa seguir con convicción una política de paz, que tiene repercusiones tanto internas como externas. Contra lo que se esperaría en un período de emergencia sanitaria global, la nueva guerra fría entre Estados Unidos y China se ha vuelto más violenta en los últimos meses. Ante su declive como primera potencia mundial, Estados Unidos ha estado utilizando mecanismos cada vez más agresivos para contener lo que ellos llaman expansionismo imperial chino. Las revistas que formulan la política exterior de Estados Unidos (por ejemplo, *Foreign Affairs*) hablan abiertamente de la posibilidad de un conflicto armado en los próximos diez años, en lo que cuentan con el apoyo del poderoso complejo militar-industrial. Estados Unidos quiere involucrar a todos sus aliados en este proceso y exige una solidaridad incondicional. Dado que la superioridad más inequívoca de EE. UU. sobre China es militar y como en este campo la UE es un socio insignificante, a menos que la OTAN se convierta en un instrumento de agresión militar (más de lo

que ya ha sido en los últimos tiempos, desde los Balcanes hasta Libia), una alianza en estos términos no interesa a Europa.

Los términos que importan son estos: en el largo período histórico (cuando Estados Unidos no existía), China fue hasta el siglo XIX la mayor potencia económica del mundo; según McKinsey, en 2040 China representará el 40% del consumo total de bienes y servicios; China acaba de promover la Asociación Económica Regional Integral, que es mucho más amplia que el mercado común europeo; India, actualmente gobernada por la extrema derecha, no puede ser un aliado especial de la UE solo porque no pertenece a esta asociación; la UE no puede ser un aliado incondicional, ni de China (no es una democracia y los derechos humanos son vistos como obstáculos) ni de EE. UU. (que sólo acepta el unilateralismo; Biden será menos proeuropeo de lo imaginado; la lucha contra los privilegios de los gigantes de las comunicaciones de América del Norte, GAFA: Google, Apple, Facebook y Amazon, debe continuar). Además, la UE debe liberarse rápidamente de la cruzada persecutoria contra Irán y Venezuela. ¿Será que el fantoche Juan Guaidó, que ya ni siquiera es diputado y es impugnado por la oposición venezolana a Nicolás Maduro, continuará siendo considerado presidente legítimo de este país y presidirá el saqueo de las reservas internacionales venezolanas?

Portugal tiene buenas condiciones para ser el timonel de la UE en este período. Ha tenido un buen desempeño en la defensa de la vida en la pandemia, lo que es inequívocamente evidente en los datos; la politización de la pandemia fue relativamente baja; mantuvo un nivel de cohesión política y de consenso con la comunidad científica que solo la derecha más reaccionaria no reconoce; a pesar

del comportamiento sistémico del SEF (Servicio de Extranjeros y Fronteras), tiene una política de inmigración más positiva que otros países europeos; siendo un aliado tradicional del Reino Unido, puede ser artífice de entendimientos en un período que experimentará fricciones. Pero será una lástima que no aproveche esta envidiable posición para liberarse del chantaje de los países frugales y para cumplir plenamente con las Leyes Básicas de Salud, otorgando al SNS (Servicio Nacional de Salud) la centralidad que se merece.

II. TRUMP NO TOMARÁ CIANURO

Trump no es Hitler, Estados Unidos no es la Alemania nazi, ningún ejército invasor está en camino a la Casa Blanca. A pesar de todo eso, no es posible evitar una comparación entre Trump en estos últimos días y los últimos días de Hitler. Hitler en su búnker, Trump en la Casa Blanca. Los dos, habiendo perdido el sentido de la realidad, dan órdenes que nadie cumple y, cuando son desobedecidos, declaran traiciones que alcanzan a los más próximos e incondicionales: Himmler, en el caso de Hitler; Mike Pence, en el caso de Trump. Así como Hitler se negó a creer que el Ejército Rojo soviético estaba a diez kilómetros del búnker, Trump se niega a reconocer que perdió las elecciones. Las comparaciones terminan aquí. A diferencia de Hitler, Trump no ve llegado su final político y, mucho menos, se retirará a su habitación para, junto con su esposa, Melania Trump, ingerir cianuro y, conforme el testamento, incinerar sus cuerpos fuera del búnker, es decir, en los jardines de la Casa Blanca. ¿Por qué no lo hace?

Al final de la guerra, Hitler se sintió aislado y profundamente desilusionado con los alemanes por no haber sabido estar a la altura del gran destino que les tenía reservado. Como diría Goebbels, también en el búnker: «El pueblo alemán eligió su destino y ahora sus pequeñas gargantas están siendo cortadas». Por el contrario, Trump tiene una base social de millones de estadounidenses y, entre los más fieles, se encuentran grupos de supremacistas blancos armados y dispuestos a seguir al líder, incluso si la orden es invadir y vandalizar la sede del Congreso. Y, lejos de ser pesimista respecto a ellos, Trump considera a sus seguidores los mejores estadounidenses y grandes patriotas, aquellos que harán *America great again*. Hitler sabía que había llegado su fin y que su final político también sería su final físico. Lejos de eso, Trump cree que su lucha verdaderamente comienza ahora, porque solo ahora será convincentemente una lucha contra el sistema.

Mientras que muchos millones de estadounidenses quieren pensar que el conflicto ha llegado a su fin, Trump y sus seguidores desean mostrar que ahora comenzará, y continuará hasta que Estados Unidos les sea devuelto. Joe Biden se equivoca cuando, al ver la vandalización del Congreso, afirma que eso no es Estados Unidos. Sí lo es, porque Estados Unidos es un país que no solo nació de un acto violento (la matanza de los indios), sino que fue a través de la violencia que se dio todo su progreso, traducido en victorias de las que el mundo tantas veces se sintió orgulloso, desde la propia unión de Estados «Unidos» (620,000 muertos en la guerra civil), hasta la luminosa conquista de los derechos civiles y políticos por parte de la población negra (numerosos linchamientos, asesinatos de líderes, siendo Martin Luther King. Jr. el más prominente), como sigue siendo

el país donde fueron asesinados muchos de los mejores (según ellos) líderes políticos electos, desde Abraham Lincoln hasta John Kennedy. Y esta violencia ha dominado tanto la vida interna como toda su política imperial, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial. Que lo digan los latinoamericanos, Vietnam, los Balcanes, Irak, Libia, los palestinos, etcétera.

Joe Biden también se equivoca cuando dice que la pesadilla ha llegado a su fin y que ahora se reanudará el camino de la normalidad democrática. Por el contrario, Trump tiene razón al pensar que todo está empezando ahora. El problema es que él, contrariamente a lo que piensa, no controla lo que va a empezar y, por este motivo, los próximos años tanto pueden serle favorables, llevándolo de vuelta a la Casa Blanca, como pueden dictar su fin, un triste final. Como sistema político y social, Estados Unidos está en un momento de bifurcación, un momento característico de los sistemas alejados de los puntos de equilibrio, en los que cualquier pequeño cambio puede producir consecuencias desproporcionadas. Resulta, por tanto, aún más difícil de lo habitual predecir lo que sucederá. A continuación, identifico algunos de los factores que pueden causar cambios en una u otra dirección: desigualdad y fragmentación, primacía del derecho y Stacey Abrams.

Desigualdad y fragmentación

Desde la década de 1980, la desigualdad social ha ido en aumento, tanto que Estados Unidos es hoy el país más desigual del mundo. La mitad más pobre de la población tiene actualmente solo el 12% del rendimiento nacional, mientras que el 1% más rico tiene el 20% de ese rendimiento. En los últimos cuarenta años el neoliberalismo ha dictado el

empobrecimiento de los trabajadores estadounidenses y destruyó las clases medias. En un país sin servicio público de salud y sin otras políticas sociales dignas de ese nombre, uno de cada cinco niños pasa hambre. En 2017, uno de cada diez jóvenes de entre 18 y 24 años (3.5 millones de personas) había pasado en los últimos doce meses por un período sin un lugar donde vivir (*homelessness*). Adoctrinados por la ideología del «milagro americano» de las oportunidades y viviendo en un sistema político cerrado que no permite imaginar alternativas al *statu quo*, la política de resentimiento, que la extrema derecha es experta en explotar, ha hecho que los estadounidenses victimizados por el sistema consideren que el origen de sus males estaba en otros grupos aún más victimizados que ellos: negros, latinos o inmigrantes en general.

Con la desigualdad social, aumentó la discriminación étnico-racial. Los cuerpos racializados son considerados inferiores por naturaleza; si nos hacen daño, no hay que discutir con ellos. Tienes que neutralizarlos, depositándolos en cárceles o matándolos. Estados Unidos tiene la tasa de encarcelamiento más alta del mundo (698 presos por cada 100,000 habitantes). Con menos del 5% de la población mundial, EE. UU. tiene el 25% de la población carcelaria. Los jóvenes negros tienen cinco veces más probabilidades que los jóvenes blancos de ser condenados a prisión. En estas condiciones, ¿es sorprendente que la apelación antisistema sea atractiva? Nótese que hay más de 300 milicias armadas de extrema derecha repartidas por todo el país; un número que ha aumentado desde la elección de Obama. Si no se hace nada en los próximos cuatro años para cambiar esta situación, Trump seguirá alimentando, y con razón, su obsesión por regresar a la Casa Blanca.

Primacía del derecho

Estados Unidos se ha convertido en el campeón mundial de la *rule of law* y de la *law and order*. Durante mucho tiempo, en ningún país se conocía el nombre de los jueces de la Corte Suprema, excepto en Estados Unidos. Los tribunales estadounidenses ejercieron la función de garantizar el cumplimiento de la Constitución con una independencia razonable, hasta que ciertos sectores de las clases dominantes entendieron que los tribunales podían ponerse más activamente al servicio de sus intereses. Para ello, decidieron invertir mucho dinero en la formación de magistrados y en la elección o nombramiento de jueces para los tribunales superiores. Esta movilización política de la justicia tuvo una dimensión internacional cuando, especialmente después de la caída del Muro de Berlín, la CIA y el Departamento de Justicia comenzaron a invertir fuertemente en la formación de magistrados y en la modificación del derecho procesal (delación premiada) de los países bajo su influencia. Así surgió el *Lawfare*, una guerra jurídica, de la que la Operación Lava-Jato en Brasil es un ejemplo paradigmático. Trump cometió varios delitos federales y estatales, incluida la obstrucción de la justicia, el blanqueo de capitales, el financiamiento ilegal de campañas y delitos electorales (el más reciente de los cuales fue un intento de alterar de manera fraudulenta los resultados de las elecciones de Georgia en enero de 2021). ¿Funcionará el sistema penal como solía hacerlo en el pasado? Si es así, Trump será condenado y probablemente irá preso. Si eso ocurre, su fin político estará cerca. De lo contrario, Trump trabajará su base, dentro o fuera del partido republicano, para regresar con fuerza en 2025.

Stacey Abrams

Esta excongresista negra es la gran responsable de la reciente elección de los dos senadores demócratas en el estado de Georgia, una victoria decisiva para dar a los demócratas la mayoría en el Senado y así permitir que Biden no sea objeto de obstrucción política permanente. ¿Cuál es el secreto de esta mujer? En el transcurso de diez años, ha tratado de articular políticamente a todas las minorías pobres de Georgia (negras, latinas y asiáticas); un estado donde el 57.8% de la población es blanca, un estado considerado racista y supremacista, donde tradicionalmente ganan los conservadores. Durante años, Abrams creó organizaciones para promover el registro electoral de las minorías pobres alienadas por el fatalismo de ver ganar siempre a los mismos opresores. Orientó el trabajo de base para fomentar la unidad entre los diferentes grupos sociales empobrecidos, tan a menudo separados por los prejuicios étnico-raciales que alimentan el poder de las clases dominantes.

Después de diez años, y tras una carrera notable que podría haber alcanzado su auge con la nominación como vicepresidenta de Biden (en lo que fue relegada en favor de Kamala Harris, más conservadora y cercana a los intereses de las grandes empresas de información y de comunicación de Silicon Valley), Abrams logra una victoria que puede liquidar la ambición de Trump de regresar al poder. El mismo día en que los vándalos rompían cristales y saqueaban el Capitolio, se festejaba en Georgia esta notable hazaña; una poderosa demostración de que el trabajo político que puede garantizar la supervivencia de las democracias liberales en estos tiempos difíciles no puede limitarse a votar cada cuatro

años, y ni siquiera al trabajo en las comisiones parlamentarias por parte de los electos. Exige trabajo de base en lugares inhóspitos y muchas veces peligrosos donde viven las poblaciones empobrecidas, ofendidas y humilladas que, casi siempre con buenas razones, perdieron el interés y la esperanza en la democracia.

La obra de Stacey Abrams, multiplicada por los movimientos Black Lives Matter, Black Voters Matter y tantos otros, muchos de ellos inspirados en Bernie Sanders y «nuestra revolución» animada por él, puede devolver a la democracia estadounidense la dignidad que Trump puso en riesgo. Si es así, la mejor lección que los estadounidenses pueden aprender es que el mito del «excepcionalismo estadounidense» es solo eso, un mito. Estados Unidos es un país tan vulnerable como cualquier otro a las aventuras autoritarias. Su democracia es tan frágil como frágiles son los mecanismos que pueden evitar que los autócratas, los antidemócratas sean elegidos democráticamente. La diferencia entre ellos y los dictadores es que, mientras estos últimos comienzan por destruir la democracia para llegar al poder, los primeros usan la democracia para ser elegidos, pero luego se niegan a gobernar democráticamente y a abandonar democráticamente el poder. Desde la perspectiva de la ciudadanía, la diferencia no es muy grande.